9521

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL RELÓ DE SAN PLÁCIDO.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

Serra

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR N, 9.
1861.

12

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobeza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...

Bonito viaje.
Boadicea, *drama héroico*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Canizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Cómo se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Como se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El querer y el rascar....
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lagrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los Amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españ
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero

La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los Amantes de Teruel.
La verdad en el Espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el B
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernan
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos
La escuela de los perdid
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Cari
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajen
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La Cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (
La calle de la Montera
Los pecados de los padr
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadren
Los patriotas.
La peor cuña.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.
Marta y Maria.

EL RELÓ DE SAN PLÁCIDO.

DRAMA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

DE

DON NARCISO SERRA.

Representado en el teatro del Circo la noche del 8 de marzo de 1858, á beneficio del primer actor D. Julian Romea.

SEGUNDA EDICION.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1861.

ADVERTENCIA.

De lo que cuenta la conseja acerca del reló del convento de San Plácido, solo he tomado para mi drama la parte moral, es decir, el desenlace: la accion y los personajes son puramente invencion mia: el que sepa la tradicion y lea mi drama podrá ver que no existe ningun punto de contacto entre uno y otra.

AL EMINENTE ACTOR

Don Julian Romea.

Pues aceptas mi humilde
dedicatoria,
tendrá de bueno el drama
la primer hoja:
nombres insignes
honran siempre las páginas
en que se escriben.
Sabido es que no adulo
ni á tí ni á nadie,
y que cuando yo quiero
quiero de balde:
aqui te envio
una muestra muy chica
de mi cariño.
Si la ofrenda es pequeña
mi afecto es grande:
admite las dos cosas
por lo que valen;
y adios te queda
y te quiere muchísimo

Narciso Serra.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA ANA.....	SRAS. LAMADRID.
LA ABADESA.....	CAMPOS.
LA HERMANA PORTERA...	ORGAZ.
EL REY D. FELIPE IV.....	SRES. ROMEA (D. J.)
D. JUAN.....	ARJONA (D. J.)
MELCHOR.....	ROMEA (D. F.)
D. DIEGO.....	TAMAYO (D. V.)
EL CONDE.....	SOBRADO.
UN ALCALDE.....	LAVALLE.
ALGUACIL.....	MARÉ.
MÚSICO 1.º.....	LAPLANA.
IDEM 2.º.....	BULLON.
UN EMBOZADO.....	SERRANO.

La accion pasa en Madrid, reinando Felipe IV.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Alonso Gullon, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales de la galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, *son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.*

Queda hecho el depósito que exige la ley.

ACTO PRIMERO.

La escena está dividida: á la izquierda del actor, la casa de don Juan. Puerta practicable con llave. Ventana baja con reja. Ventana alta con una garrucha trasversal que comunica con la otra pared, suponiendo un pajar. A la izquierda, el cuarto de Ana. Al foro puerta con escalerilla que se supone comunica con el resto de la casa. La derecha del teatro, calle. En el fondo, encrucijadas. Noche.

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN embozado en el fondo. D. DIEGO á la ventana de Ana. Una ronda de MÚSICOS está repitiendo su estribillo. Un ALCALDE y ALGUACILES con linterna aparecen por el fondo. Los músicos se ocultan. D. Diego los sigue. D. Juan permanece embozado.

ALC. Oculta la luz, Pascual;
averigüemos callando
si hay quien desaira, rondando,
el bando del concejal.

ALG. Muy riguroso le hallo.

ALC. Pues no quieren los señores
que canten los rondadores
antes de que cante el gallo,
y vive Dios que no cejo:
no ha de oirse una cancion

675537

en toda la poblacion
sin permiso del concejo.
Acate Madrid la ley
que escrita en el bando está,
que al bando el rey se la dá,
y lo primero es el rey.

ESCENA II.

Cuando el ALCALDE y su ronda han desaparecido, D. DIEGO y los MÚSICOS van viniendo poco á poco á la escena.

Mus. 1.º ¿Se marchó ya la canalla?
Mus. 2.º Si, ya ninguno se asoma.
Mus. 1.º Arrullemos la paloma.
y prosiga la rondalla.
(Cantando.)
Despierta, niña galana,
muestra tu rostro y despierta.
El que canta á tu ventana
llama de tu alma á la puerta.
Y será un dolor
que tú cierres la puerta del alma,
si de dia y de noche, sin calma,
se encuentra á tu puerta llamando el amor.
(Durante el ritornelo.)
Yo soy, niña de mi vida,
cisne que cantando muere,
quien por tí lleva escondida
dentro del alma una herida,
y con el alma te quiere.
Por eso estoy, ¡ay de mí!
porque eres luz de mis ojos,
desde el punto en que te ví,
viviendo de tus enojos,
muriendo de amor por tí.
Mús. (Cantando.)
Y será un dolor
que tú cierres las puertas del alma,
si de dia y de noche, sin calma,
se encuentra á tu puerta llamando el amor.
(Pausa.)

DIEGO. (Viendo que la ventana no se abre y tirando una bolsa á los músicos.)
Soledad pide mi afan,
que cuando el alma se parte
mal los testigos estan.
Idos, música, á otra parte.
MÚS. 1.º Busquemos otro galan.

ESCENA III.

D. DIEGO y D. JUAN, que vá avanzando lentamante.

DIEGO. ¿Por qué no te asomas, Ana,
siquiera á escuchar mi queja?
Harto te guardan, tirana,
los clavos de esa ventana
y los hierros de esa reja!
¡Y harto te guarda mi amor
para que no se desmande
de mi deseo el ardor!
¡Que es el amor, cuando es grande,
salvaguardia del honor!
De la noche á la mañana
he de ser, ¡viven los cielos!
espia de tu ventana,
Ana, porque tengo celos,
y muero de celos, Ana.
Si tu amor se me arrebata,
me quedo solo en el mundo;
y á otro prefieres, ingrata...
Yo no sé en lo que lo fundo:
sé que lo fundo y me mata.
(Á D. Juan que se le acerca.)
¿Un bulto? ¡Quién vá!
JUAN. Quien puede.
DIEGO. No os conozco.
JUAN. Ni yo á vos.
DIEGO. Pero os quiero conocer.
JUAN. ¿Á mí? mejor que mejor.
Mas yo he de veros primero;
tengo ese antojo feroz.
Por veros el rostro estuve

media noche de planton;
y no he de salir sin verle
de esta calle, vive Dios.

DIEGO. ¿Tanto os interesa?

JUAN. Si.

DIEGO. ¿Me seguisteis?

JUAN. ¿Por qué no?

DIEGO. ¿Me escuchasteis?

JUAN. Hubo un tiempo
en que tambien fuí cantor.

DIEGO. ¿Quién sois?

JUAN. La misma pregunta
iba á dirigiros yo.

DIEGO. Mucho mirais á esa puerta.

JUAN. Y si toco al llamador
vereis, sin cantar ni nada,
que me cuelo de rondon.

DIEGO. Riñamos. (Furioso.)

JUAN. Paso, mancebo.
Larga noche nos dá Dios
para andar á cuchilladas,
si es que hubiere precision.
¿Quereis escucharme?

DIEGO. Si.
No sé qué hay en vuestra voz
que infunde respeto á mi alma,
donde no cabe el temor.

JUAN. Vos conoceis á doña Ana...
es hermosa como un sol,
dulce como una alborada,
cándida como una flor.
Quizá la amais...

DIEGO. ¡Si la amo!
Á fuerza de tanto amor
volvióse dentro del pecho
lágrimas mi corazon,
y se me asoma á los ojos
porque le vea mejor.

JUAN. Si eso es cierto y sois hidalgo,
y vuestro honrado blason
al bien obrar os inclina,
dejad al tiempo y á Dios

que la herida cicatricen:
es temprano y jóven sois.
Doña Ana tiene otro dueño,
y haceis ofensa á su honor,
pues pudiera murmurar
la vecindad con razon,
que admite un galan de dia
á la clara luz del sol,
y otro, que envuelto en las sombras
viene á ser su rondador.

DIEGO. ¿Ama á quien se la destina?

JUAN. Yo no sé si le ama ó no,
yo sé que honrada ha nacido
y ha de vivir con honor.
¿No conoceis á su padre?

DIEGO. Si le conozco, por Dios,
es hombre de su palabra,
y muy honrado varon.

JUAN. ¿Quién sois vos, que al que ofendeis
defendeis con tal calor?

DIEGO. ¿Quién sois vos, que al novio ausente
de doña Ana defendió?

JUAN. (Descubriéndose.)
Yo soy el padre.

DIEGO. (Descubriéndose.) Yo el novio.
Igual cumplimos los dos.

JUAN. Perdonad, señor don Diego,
si alguna palabra...

DIEGO. No.
Vos tomabais mi defensa,
yo soy quien pide perdon,
pues puede decir por mí
la vecindad con razon,
que tiene un galan de dia,
Ana, con la luz del sol,
y otro que envuelto en las sombras
viene á ser su rondador.

JUAN. ¡Luego la razon me dais!

DIEGO. Tambien tengo yo razon,
que estoy celoso, don Juan,
y eso bien lo sabeis vos,
pues aqui un galan buscabais,

y ese galan no era yo.

JUAN. ¿Cuentas me pedis, don Diego?

DIEGO. Las pide mi corazon.

JUAN. Teneis mi palabra...

DIEGO. Si,
pero no tengo su amor.

JUAN. Quién sabe...

DIEGO. El diablo al oido
me está gritando que no.
Á mis espaldas se ronda...
como coja al rondador,
con la correa del cinto
le cuelgo de ese balcon.

JUAN. Dejad eso á mi cuidado,
que mas me atañe que á vos.
No deis con una asonada
que decir de mi opinion;
dormid, que á esa calentura
es el remedio mejor
el sueño, y quizá mañana
veamos claro los dos.
Honradme en que os acompañe
hasta vuestra casa.

DIEGO. Soy
quien se honra con la compaña.
(En cuanto cierre el porton,
gano la esquina y me vuelvo.)

JUAN. (Volveré aqui, y voto á brios,
que ó canta el cantor de plano
ó no vuelve á ser cantor.) (Vánse.)

ESCENA IV.

MELCHOR, saliendo por la puerta izquierda de la casa.

Parece que todos duermen.
¡Hermosa noche sin luna!
Me alegro, nunca te asomes,
hermana, mantente oculta
ó ten allá, por los cíelos,
á las nubes por capucha,
pues si sorprende una ronda

mis escapadas nocturnas,
ó mi tio me *phlagela*
(vulgo me arrima una zurra),
no podré ir á la taberna
á desechar esta murria.
¡Ay ingrata!... caracoles... (Tropezando)
qué malo es andar á oscuras:
tengo una herida en el alma...
y otra en la corva ó la *curva*.
¡Ay, ingrata prima mia!
tú que eres luz que me alumbra...
Pues es verdad que ella sale
con luz...

ESCENA V.

MELCHOR, ANA, en la casa.

ANA. Ya nada se escucha. (Claro.)
¿Habrá venido antes? Si...
antes he sentido música.
Pero cantaba una voz...
y esa voz no era la suya.
Luego escuché en son de riña
vagas palabras confusas...
No... son quimeras que aborta
mi medrosa calentura.
MELCH. Ana...
ANA. ¡Ay! me has asustado.
MELCH. La entrada ha sido algo brusca,
pero...
ANA. ¿Qué buscas aqui?
MELCH. Te iba á hacer esa pregunta.
ANA. Yo iba... á mirar las estrellas...
MELCH. Y yo á ver si hacia luna...
Desde que á la de Valencia
me dejó mi desventura,
me entregué al estudio de
esa lámpara nocturna.
ANA. Melchor, eres rencoroso...
¿Acaso tengo la culpa
yo de no poder amarte,

de encontrarte...

MELCH. ¡Feo!... escucha:
que no me ames... norabuena...
puede ser una tontuna
de un corazon que no sabe
si pescó ranas ó truchas...
pero pensar que soy feo,
es pensar una calumnia.
Has de saber que por este
talle se perecen muchas.

ANA. ¿Muchas... mujeres?

MELCH. Si, ingrata.

ANA. ¿Cómo?... ¡si no sales nunca
de casa!

MELCH. Es que no amanezco
hasta que el dia se oculta,
porque tu padre es un tigre,
y tú una tigre menuda.
Mas yo soy lince y me escapo,
y nunca enseño las uñas:
en cuanto llega la noche
hace Melchor de las suyas,
y si no ha visto en Madrid
la córte y su baraunda,
ni el corral de las comedias,
ni las personas augustas,
veo en cambio otras personas
que beben, rien y juran,
y se divierten y se...
¿Tú tienes por aqui alguna...
tracamundana?...

ANA. ¡Melchor!
me estás haciendo una injuria.

MELCH. ¿Si, eh? ¿Y por qué te levantas
á la hora de las lechuzas
para ver si las estrellas
cruzan el cielo ó no cruzan?
Tú, mas bella que una rosa,
mas fresca que unas lechugas,
darte asi á la astronomia...
parece cosa de pulla.
Yo quiero darte el ejemplo:

voy á contarte las muchas
penas que tengo...

ANA. ¿Tú penas?

MELCH. Intermitentes, agudas,
gástricas... de todas clases:
escúchalas, Ana, y juzga.
Yo cursé la medicina
tal y conforme se cursa,
operando sobre muertos
que se callan si se curan,
y luego en pobres, que no hablan,
porque la pobreza es muda.
Y al fin del último año,
sacando nota mayúscula,
mi título en un cañuto
y á costillas de una mula,
legua tras legua, á la córte
me vine á buscar fortuna.
Llego á casa de mi tio,
por ser la persona única
que conozco, y me recibe
diciendo: «come y estudia.»
Y sin poder convencerle
de que mi edad es *adulta*,
castiga con mano *férrea*
cualquier *peccata minuta*.
Te veo á tí, ¡ay desdichado!
me enamoro, ¡ay sin ventura!
te lo digo ¡ay infelice!
y tú ¡ay ingrata! te asustas.
Por eso busco la muerte
en escapadas nocturnas
(que un dia en esa ventana
voy á romperme la nuca).
Que pues tu padre me encierra,
y tú estás dura que dura,
será remedio á mis males
morir á fuerza de *turcas*
y de amigos mata-sietes
y de mujeres lechuzas...
Mira, mujer, ¡*Ecce-homo*!
este es mi mal... y tu hechura.

Y cuando el dia del juicio
me levante de la tumba,
y el ángel de la trompeta
á resoplidos aturda
cielo y tierra y mar, veremos
quién ha tenido la culpa.
Buenas noches. (Trepando hácia el pajar.)

ANA. No te vayas.

MELCH. Déjame.

ANA. Por Dios, no subas.
Puedes caerte...

MELCH. No, soy
muy suelto de coyunturas...

ANA. Si se despierta mi padre...

MELCH. ¡Huy, vírgen de las Angustias!
(Cayendo asustado.)

ANA. ¡Ah! ¡dejó la llave puesta!
(Mirando á la puerta de la calle.)
Todas las noches la oculta
y esta noche...

MELCH. ¡Y es verdad!
Algun olvido sin duda.
Cierra tú cuando me vaya:
asi siempre me ahorro una
ascension...

ANA. ¡La llave yo!
¡No lo permita Dios nunca!
Cierra, y guárdala, Melchor...
Fija bien la cerradura,
y vete, Melchor... y guárdala.

MELCH. ¡Ay, prima, tú te aturrullas!

ANA. ¡Qué imbécil eres, Melchor,
qué imbécil!

MELCH. ¿Por qué me insultas?

ANA. Amo... ¿entiendes? amo... amo...

MELCH. Qué *redundancia* tan *súpita*,
ya me lo has dicho tres veces...
¡Oh, cáliz de la amargura!

ANA. ¡Amo! Esta noche mi amante
vendrá con las manos juntas
pidiendo amor. Yo le amo...

MELCH. Dále, bola.

ANA. ¡Con locura!
Melchor, llévate esa llave.
MELCH. ¡Ya estoy en toda la música!
¡Con que esas tenemos, prima!
¡Qué demonios! Ahora puja...
vamos, no llores, mujer;
mira que yo soy de azúcar,
y en viendo llorar le dá
al corazon una angustia,
un... ett... uh... ya estoy llorando;
vuélvete, no me hagas burla...
Tu padre...
ANA. Nada sospecha.
MELCH. Asi estás muda que muda
para ese pobre don Diego,
que ya te creia suya.
¡Asi á mí me encuentras feo
y todos los planes frustras!
ANA. No me hagas mas reflexiones,
Melchor, que todas son nulas;
mas que me he dicho á mí misma
no me pueden decir nunca.
No sé si es el que me ronda
de humilde ó de hidalga cuna;
no sé si con fin honrado
para su esposa me busca,
ni le pregunto su renta,
ni su ocupacion me ocupa;
sé que me adora y le adoro,
es la estrella que fulgura
en el azul de mi vida;
es la regalada música
que no sienten los oidos
y que el corazon escucha;
es el aire perfumado
que me refresca y me arrulla;
es mi propio pensamiento,
es mi propia calentura...
es la mitad de mi alma
que está dentro de la suya.
Tú eres hombre y mozo, y puedes
olvidar entre la bulla

del mundo un afecto, al que
pudiste ahogar en la cuna ..

MELCH. Mucho que si.

ANA. Pero yo
en mi soledad profunda,
delante los ojos mios
viendo siempre su figura,
que envuelta en nubes de grana
fantástica se columpia,
¿qué he de hacer contra mí misma?
Cuantas mas horas me hurtan
de verle, mas le deseo.

MELCH. Y es una cosa muy justa:
cuando el enfermo está á dieta
es cuando quiere lechuga,
Prima, y mira que soy médico;
Prima, tú no tienes cura.
¿Te ha hablado de boda?

ANA. No.

MELCH. ¿Y por qué no le preguntas?...

ANA. No sé preguntarle nada...
sé verle... y quedar confusa...
Ni pienso en el porvenir,
ni el monasterio me asusta;
los años de mi niñez
corrieron allí en paz pura:
sin él, vida de mi alma
y alma de mi vida juntas,
lo mismo que el monasterio
seria el mundo una tumba.

MELCH. Eso, la mujer teniendo
ó desengaños ó arrugas
se entrega al cielo, y el hombre
se entrega al mundo con furia.
Por eso yo que soy hombre
voy á olvidar esta absurda
pasion, entre dos valientes,
y tres mozas y tres brujas:
esto durará hasta el dia
en que la bolsa esté enjuta,
entonces estudiaré;
¡qué hace el pobre si no estudia!

Adios.
(Cierra la puerta guardándose la llave.)

ANA. Llévate esa llave.
(Hablándole por la reja.)

MELCH. No hay miedo, ya estás segura.
Si te pregunta por mí
tu padre, como madruga,
miente, al fin eres mi cómplice,
échale cualquier excusa. (Váse.)

ESCENA VI.

ANA detrás de su ventana, el REY y el CONDE en la calle.

REY. Lo dije una vez, y asi
atrás no me he de volver;
ó me llevo esa mujer
ó me lleva el diablo á mí.
Me toma por un hidalgo
pobre, y pues quién soy ignora,
cuando dice que me adora
debe decirlo por algo.
Cada vez que á ella me acerco
siento mi ser alentar.

CONDE. Indigno es, señor, estar
en su conquista tan terco.

REY. Eres tú mas terco.

CONDE. ¡Yo!

REY. Tú, que ensartas mil lisonjas
para decir que unas monjas
necesitan un reló;
tomástelo tan á espacio
y con tal fé lo tomaste,
que de otra cosa no hablaste
esta mañana en palacio.

CONDE. Es la abadesa acreedora
al respeto mas profundo...

REY. Si no viven en el mundo,
¿para qué quieren la hora?

CONDE. Pueden las horas apenas
de su rezo combinar...

REY. Buen Conde, para rezar

todas las horas son buenas.
Punto redondo, y advierto
que si en esto mas se insiste,
les daré un reló tan triste
que al dar la hora, toque á muerto.
Y déjame, pésia tal,
que la hora se vá pasando
de rondar.
(Se acerca á la reja.)

CONDE. (Al irse.) Asi rondando
perdimos el Portugal.

ESCENA VII.

El REY en la calle, ANA tras su ventana.

REY. Niña de boca
de ricas mieles,
de labios rojos
como claveles,
muestra tus ojos,
niña gentil,
que son cuando me miran sin enojos,
dulces y hermosos como el sol de abril.
Das á la mente
su pensamiento,
eres la fuente
del sentimiento,
vida á mi aliento
presta tu ser.
Rio de casto amor, deja al sediento
en tu cristal purísimo beber.
Con tus enojos
me desenojas,
tus tiernos ojos
me dan congojas,
guardas abrojos
entre tus hojas;
Y buscando el placer, toco el dolor.
¿Quién eres tú que misteriosa guardas
tantos tesoros que mostrar retardas?
¿Quién eres, niña, dí?

ANA. (Abriendo la ventana.) Soy el amor.
Yo soy el ave
que á la mañana,
canta suave
en tu ventana,
yo soy la nube
que al cielo sube,
y el llanto mio
es el rocio
fresco que ves.
En la temprana flor que se estremece
y en las grietas del muro se guarece
para que no la mates con los pies.
Como es mi anhelo
tan puro y santo,
bordo en el cielo
mi rico manto.
Luz de tu vida,
ser de tu aliento,
fuente escondida
del sentimiento;
cuando te cabe
algun dolor,
soy el suspiro
que te desvela,
y soy el ave
que en tu aire vuela.
Soy el amor.

REY. Ana; cuánto amor mereces
por tan amante ilusion!
Bendita sea mil veces
esa voz con que estremeces
las fibras del corazon.
Bendiga Dios, Ana mia,
esa voz que nunca acaba
en su eterna melodia.

ANA. Es un corazon que hablaba
á un alma que respondia.

REY. Bendita seas, mujer,
que das con tanta pasion
nueva existencia á mi ser.

ANA. Bendito tu corazon

que me sabe responder.

REY. Bendiga Dios la serena
fresca noche de verbena
en que mis ojos te hallaron,
y blanca tu alma encontraron
como la blanca azucena.
Que has realizado, alma mia,
el ángel que yo veia
con avarientos empeños,
en enamorados sueños
de tierna melancolia.
Harto y cansado del mundo,
dando sus latidos flojos,
señal de tédio profundo
mi corazon moribundo
bebió la vida en tus ojos;
y pues que volvió á latir
por esos ojos, mujer,
como á Dios el existir,
como á mi madre nacer,
debo á tus ojos vivir.
¡Quién sabe si tú serás
luz que ilumine mi fé
y no se extinga jamás!

ANA. (Con tristeza.)
¡Quién sabe si yo seré
un sueño! ¡un sueño no mas!

REY. Siempre con el mismo empeño
acabas por contagiarme
tu supersticion... Mi dueño,
deja... (Ana retira la mano.)

ANA. ¡Temo que al tocarme
me deshaga... como un sueño!

REY. ¡Cuándo te mueve mi afan!
¡Cuándo das en tu morada
entrada á don Juan!

ANA. Don Juan,
padre tengo, soy honrada
y me llamo de Guzman.
Te amo; y por si de mi amor
fuera la llama tan fuerte
que abrasada en su calor

le diera á mi padre muerte,
dándole muerte á mi honor,
le doy la llave á quien sabe
mi amoroso desvario,
porque este mal no se agrave,
¡ay de mí! que el honor mio
tengo que guardar con llave.

REY. En vano quieres calmarme,
en vano arrugas el ceño,
la dicha por retardarme.

ANA. Sé bien, don Juan, que al tocarme
me desharé... como un sueño.
Escucha: mi alma sentia
á tu alma que la llamaba
con voz de dulce armonia;
yo antes de verte te via,
yo antes de amarte te amaba.
Lejos del humano ruido,
criada en un monasterio
sin haberlo yo pedido,
al mundo quizá he salido
á cumplir ese misterio.
Quizá por él solo existo,
misterio á Dios reservado,
en el que tenaz persisto...
Yo antes de amarte te he amado,
yo antes de verte te he visto.
De noche una voz sombria
á mis oidos murmura
no caber por una via
tu ventura y mi ventura,
tu salvacion y la mia.
Vi una vez de un modo cierto
que al romper nubes la luna
tu faz dejó al descubierto...
dió la una... y al dar la una
dobló una campana á muerto...
Estos sueños, que en tu afan
los llamas supersticion,
á mi alma derechos van...
estos no son sueños, son
avisos de Dios, don Juan.

Yo te ví en mi monasterio,
lejos del humano ruido;
de tu amor sufrí el imperio:
Quizá á sufrirle he salido
por cumplir ese misterio,
quizá por él solo existo
redencion de tu pecado,
quizá como ángel te asisto
y antes de amarte te he amado,
y antes de verte te he visto.
Triste amor el de los dos:
tu fortuna y mi fortuna
no van una de otra en pos;
el reló... vá á dar la una.
(Se oye la media: Ana huye.)

REY. Ana...

ANA. Adios, don Juan, adios. (Váse.)

ESCENA VIII.

El REY solo.

Ana... Ana mia... ¡Se aleja!
¡Vuelve, Ana... vuelve, bien mio!
Malhaya el sueño sombrio,
y malhaya amen la reja;
malhaya amen el secreto
en que mi audacia se estrella,
pues siento á la vez por ella
tanto amor como respeto.
Esta noche... ¡vive Dios
que me ha asombrado y no poco!
Está loca ó yo estoy loco,
ó estamos locos los dos.
Un sueño que la asegura
no caber por una via
su ventura y mi ventura...
su salvacion y la mia...
Darle la llave á quien sabe
que es la llave de su honor...
¿á quién será?

ESCENA IX.

El REY, MELCHOR, bebido.

MELCH. ¡Pues señor,
no acierto á meter la llave!
Tiene un pardillo amarillo
el bribon del tabernero,
tan gustoso y tan... ¡Me muero
por beber de aquel pardillo!...
Si Blasa no me contiene...
REY. ¿Quién vá?
MELCH. ¡Calla, un escondido!
REY. ¿Quién vá?
MELCH. ¡Si yo soy venido!
Dirá su merced «¿quién viene?»
REY. Respóndame y sin mofarse.
¿Quién vá?
MELCH. Quien viene y quien viene
es un hidalgo que tiene
muchas ganas de acostarse.
REY. Por esa casa no pasa.
MELCH. Pues entonces no me acuesto.
REY. ¿Cómo que no?
MELCH. Por supuesto,
porque esa casa es mi casa.
REY. Mientes.
MELCH. ¡Miento! Dios lo sabe,
y esta llave es buen testigo.
REY. ¡Oh! vas á lidiar conmigo
solo por tener la llave.
La llave tú, mientras gimo
y suplico á esa ventana.
¿Qué eres tú de doña Ana?
MELCH. Desdichadamente primo.
Yo primo, ella *prima* mia,
yo, su primo, me *suprimo*
y soy un primo que esprimo,
un primo sin *primacia*:
¡otro es *primo* en ella!
REY. ¿Si?

MELCH. Yo lo siento por don Diego...
REY. Don Diego...
MELCH. Que la ama... y luego
lo siento tambien por mí.
Me dió esta noche á guardar
la llave, porque ella teme...
que el fuego á la estopa queme
y que... me voy á acostar...
REY. No te moverás de aqui
sin dar la llave primero.
MELCH. ¿Es su merced cerrajero?
REY. Soy quien soy y mando aqui.
Te diera mi nombre espanto
á decírtelo.
MELCH. Buen hombre,
yo no me espanto de un nombre,
que aunque estoy chispo, no tanto.
REY. Riñamos, pues echas fueros:
¿ó tienes siendo tan fuerte
miedo á la muerte?
MELCH. ¿La muerte?
Somos casi compañeros.
REY. Pues riñamos, pese á tal.
Veré por ese furor
si eres tan gran matador.
MELCH. Soy médico, que es igual. (Riñen.)

ESCENA X.

DICHOS, D. JUAN, por el fondo.

JUAN. (Dejé en su casa á don Diego
y otra vez estoy aqui.)
¡Qué veo!
MELCH. (Desarmado.) ¡Ladrones! ¡fuego!
REY. Esa llave. (Arrancándosela á Melchor.)
JUAN. Es para mí. (Arrancándosela al Rey.)
MELCH. ¡Ay, tio!
JUAN. Calla, insensato.
Si das un grito siquiera,
si la vecindad se entera
de una palabra, te mato.

(Al Rey.)
Mozo, si tuvisteis algo
de hidalgo en vuestro blason,
al obrar como ladron
habeis perdido lo hidalgo.

MELCH. (Tendido en una esquina.)
Duro.

JUAN. ¿Me entendisteis, mozo?
No riño con un villano:
le abofeteará esta mano
y le arrancará el embozo.

REY. Piénsalo bien.

JUAN. Aunque el pecho
me paseis á buena cuenta,
os he de hacer esa afrenta.
Ved... ¡ay!
(Al desembozarle descubre el rostro el Rey y cae de rodillas.)

REY. Ya estás satisfecho.
La afrenta me has hecho entera.
Descubierto el rostro está:
¿me conoces?

JUAN. ¡Ojalá,
ojalá no os conociera!

REY. ¿Tanto el verme os dá pesar?

JUAN. No me pregunteis, señor,
que me está ahogando el dolor
de no poder contestar.

REY. Ahora me toca á mí.
Volveré á la una: esa puerta
por tu mano estará abierta,
y ella esperándome allí.

JUAN. ¡Señor, señor, esa mancha
á mi ancianidad!... Yo os ruego...

REY. Tú has ganado el primer juego,
y yo pido mi revancha.
Adios. (Á Melchor.) Y tú, mentecato,
que me has visto, sé discreto
en guardar este secreto:
si lo descubres te mato.

ESCENA XI.

DICHOS, D. DIEGO.

DIEGO. (Salí detrás de don Juan
y á buscar al galan vengo.)
Tenga la planta.
REY. No tengo.
DIEGO. No hay paso, señor galan.
REY. Sabré abrírmele, y es claro
que pasaré sobre vos.
DIEGO. (Desenvainando.)
Veámoslo.
JUAN. ¡Vive Dios!
Pasará, que yo le amparo.
(Poniéndose al lado del Rey.)
DIEGO. ¿Vos aqui, don Juan?
JUAN. Yo aqui.
DIEGO. ¿Sabeis qué quiere?
JUAN. Sí sé.
DIEGO. ¿Sabeis que os deshonra?
JUAN. ¿Y qué?
DIEGO. ¿Y le defendeis?
JUAN. Si, si.
Pondré mi boca en sus pies,
besando mi deshonor.
DIEGO. ¡Ay, don Juan! vuestro dolor
me ha revelado quién es.
Pasad.
(Se descubre y el Rey pasa.)

ESCENA XII.

DICHOS, menos el REY.

DIEGO. Melchor, tu relato
me puede cubrir de oprobio:
yo era de doña Ana novio;
si lo descubres, te mato.
JUAN. La ronda vuelve á pasar
del corregidor: la puerta

cerrad, que nada se advierta.

MELCH. ¿Por qué me querrán matar?

(Entran en la casa, cerrando la puerta: Melchor queda tendido en un sitial: D. Juan y D. Diego suben por la puerta de la escalerilla.)

ESCENA XIII.

MELCHOR, dormido en la casa, el ALCALDE y ronda en la calle.

ALC. No ocultes la luz, Pascual:
era excusado ir callando.
Nadie desairó rondando
el bando del concejal.
Madrid respeta la ley
que escrita en el bando está,
porque al bando el Rey la dá,
y lo primero es el Rey.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

MELCHOR en el mismo sitio en que quedó en el acto primero.

¿Quién ha apagado el candil?
¡Por vida de los demonios!
Apuesto á que el Romo ha sido;
á ver, ¿en dónde está el Romo?
¿Y á ver, en dónde estoy yo?
Yo me quedé como un tronco
en la taberna, y despues...
¡Ah! ya me acuerdo de todo:
despues de dos puntapies,
me echaron en el arroyo.
Vengo aqui haciendo equilibrios,
y me encuentro con un mozo
que queria abrir mi puerta,
y mi cabeza por prólogo.
Me liberto de ese uno,
por la mediacion de otro,
¿Quién era ese otro? (Recordando.)
¡Huy, mi tio!
¡Qué paliza, san Gerónimo!
Me habrá olido y soy perdido:

yo echaria un tufo á mosto...
Qué porvenir tan supino
de pino, sobre mis hombros.
Emigro. Adios, Ana mia,
ya en tu morada no moro;
cojo el botiquin y fúgite;
fúgite, es decir que corro.
(Al salir tropieza con el Conde.)

ESCENA II.

MELCHOR, el CONDE.

CONDE. Téngase.
MELCH. Casi no puedo.
Como he dormido tan poco.
CONDE. ¿Dónde vais?
MELCH. Donde Dios quiera.
CONDE. ¿Qué sois de la casa?
MELCH. Estorbo.
CONDE. ¿Quién os echa de ella?
MELCH. El dia blo.
CONDE. ¿Qué temeis?
MELCH. Un baston gordo.
CONDE. ¿Qué sois?
MELCH. Médico, y seré
enfermo si aguardo un poco,
porque mi tio don Juan
tiene los puños mas sólidos...
CONDE. ¡Ah! ¿vos sois Melchor?
MELCH. Melchor.
CONDE. ¿El que está siempre beodo?
MELCH. ¿Me conoceis, caballero?
Pues señor, yo no os conozco,
No tengo la honra de...
CONDE. Basta.
Decid al tio...
MELCH. ¡San Zoilo!
Yo no digo nada al tio,
caballero, no me pongo
ante su tial presencia,
aunque me pesen de oro.

CONDE. Se estará ahogando de pena.
MELCH. Pero si su desahogo
consiste en darme una zurra
que me deje hablando solo,
ya veis que tengo derecho
para decir que me opongo.
CONDE. «Si me descubres, te mato,»
dijo enseñándote el rostro
anoche.
MELCH. El otro... Es verdad.
CONDE. Ya sabes quién es el otro;
él me tiene por su amigo,
lo soy de veras, y obro
en contra de sus intentos
cuando le manchan de oprobio.
Asi mi amistad le pruebo...
MELCH. Si, bueno es atarle corto...
(Si lo entiendo que me emplumen.)
CONDE. Yo necesito hablar solo
con don Juan, llámale.
MELCH. ¡Tio!
(¡Si se hubiera vuelto sordo!)
Vá á bajar con el baston,
ya vereis...
CONDE. Yo te respondo.
JUAN. (Dentro.) Melchor.
MELCH. ¡Huy, que baja!
CONDE. Observa.
si se acerca algun curioso.
MELCH. Con mil amores; si asi
pudiera tomar el jopo...
(Ya en la calle.)
¿Y dónde voy? A la sopa:
me he bebido mis ahorros
y no tengo que comer,
como no me coma un codo...
(Luego, médico sin mula,
con el botiquin al hombro...)
CONDE. Haga Dios que le convenza
y logre fugarse pronto.

ESCENA III.

MELCHOR en la calle, el CONDE y D. JUAN en la casa.

JUAN. ¿Quién me llama?
CONDE. Quien os quiere
recordar, aunque os dé enojo,
vuestra desdicha, don Juan;
quien quiere de vuestro oprobio,
por vuestro bien libertaros
y luego por su bien propio.
JUAN. Quien obra tan lealmente
¿para qué esconde su rostro?
CONDE. Se colora el rostro mio
con el rubor que huye de otros.
Vedle pues.
JUAN. ¡Un favorito
del rey!
CONDE. Su favor no logro;
ni mis favores le vendo,
ni de sus favores cobro.
Serví á su padre leal,
conocíle á él niño y mozo;
á mis consejos prefiere
la adulacion de los otros.
Perdiendo reino tras reino,
vá dejando pobre el solio.
La reina afligida llora,
víctima de su abandono.
Si no se le opone dique,
se irá ese bajel á fondo...
Debo á su padre el buen rey
honores, fortuna, todo.
¡Veo perderse á su hijo!...
¿Quereis que le deje solo?
JUAN. Á qué venis?
CONDE. Á salvaros.
Dejad esta casa pronto,
yo recibiré aqui al rey,
y yo sufriré su enojo.
UAN. Gracias, Conde; si lo hiciera
diria el vulgo engañoso

ó que me fugué por miedo,
ó que me vendí por oro.
El rey me mandó esperar
y abrir la puerta yo propio;
abro la puerta y espero
y á mí mismo me deshonro.
Y como que al deshonrado
sirve la vida de estorbo..

CONDE. ¡Don Juan, don Juan!...

JUAN. Buena noche:
tengo que arreglarlo todo.

CONDE. ¿Dejais sola á vuestra hija?

JUAN. La dejo á Dios por patrono...
¡Podia ser tan feliz!
Conmigo estaba su novio:
yo les concerté esa boda
con afecto cariñoso:
no quiere Su Majestad...
Su Majestad ante todo.

CONDE. ¿Habeis visto á Ana?

JUAN. (Llorando.)
Entré en su estancia hace poco.
Dormia como dormia
en tiempo mas venturoso,
en el seno de su madre,
que ahora ruega por nosotros.
¡Tenia un sueño tan puro!...
¡Cosa es de volverse loco!

ESCENA IV.

D. DIEGO, DICHOS.

DIEGO. Don Juan, vengo á preveniros...
(Reparando en el Conde.)
¿No estabais solo, don Juan?

JUAN. No temais, señor don Diego,
podeis sin recelo hablar:
harto del caso mañana
todo Madrid hablará.

DIEGO. Á la ventana de arriba
asoméme á refrescar

mi frente, señor, que ardia
como el cráter de un volcan,
y ví en las callejas próximas
que á par de la oscuridad
avanzaban muchas sombras,
dirigiendose hácia acá.

CONDE. Es sin duda que el rey teme
vuestra fuga.

JUAN. Es por demas
excusada la medida,
porque no me he de fugar.
Ya os lo dije: abro la puerta
y me mato en el umbral.

CONDE. Eso, don Juan, es un crímen.

DIEGO. Eso es un crímen, don Juan.

JUAN. Poned la mano en el pecho.
¿Qué hariais en mi lugar?
Cerrados los ojos mios,
mi deshonra no verán.
Á ojos que ven su deshonra
mejor les sienta cegar.

CONDE. Escuchad, que ya se acercan.

ESCENA V.

DICHOS. Varios embozados van tomando las callejas.

MELCH. (En la calle.)
¡Cuánta gente! ¿Á qué vendrá
tanto gandul de esquinazo?
Toman las calles... ¡San Blas!
Sospecho que no estoy bien;
sospecho que aqui estoy mal.
(Trepando por el muro y quedando en el pajar.)
Ya que no oiga, que vea:
ampárome del pajar.
Aqui debe suceder
algo sobrenatural.

ESCENA VI.

MELCHOR, en la ventana alta. D. JUAN, D. DIEGO y el CONDE en la casa. ANA baja la escalerilla y se dirige á la reja en un completo estado de somnambulismo. Los EMBOZADOS, en la calle.

JUAN. ¡Mi hija!
DIEGO. ¡Doña Ana!
ANA. La una.
¡Tiemblo á esa hora fatal!
Vá á dar la una,
¡válgame Dios!
me estremece el sonido
de ese reló...
Doblando á muerto
parece estar;
doblando á muerto,
tan, tan,
tan, tan...
¡Madre bendita
del Redentor,
á cambio de mi vida
su salvacion!...
¡Ay! qué sonido tiene
ese reló:
tan... tan... á muerto
vuelve á tocar...
Siempre doblando
tan, tan,
tan, tan...
¿Por qué la luna
cubre su faz?
¿Por qué esas nubes
pardas estan
tan apiñadas,
y mas y mas
se vá extendiendo
la obscuridad,
y entre esas sombras
¡ay Dios! no está

la sombra idolatrada
de mi don Juan?
Yo soy tu sueño,
yo soy tu amor,
yo soy tu ángel
de salvacion.
Mas cuando suena
ese reló,
huye tu sombra,
muere tu voz.
Esa campana
dobla quizá
de nuestros tiernos amores
en el triste funeral.

JUAN. ¡No! ya basta. ¡Ana!

DIEGO. Dejadla.

JUAN. Ana, despiértate.

ANA. (Despertando.) ¡Ah!
¡Ay, qué sueño tan horrible!
¡Ay, qué triste despertar!

JUAN. Ana, levanta los ojos:
mírame bien cara á cara.
Por última vez me miras;
levanta los ojos, Ana.

ANA. Padre...

JUAN. No llores, no llores;
no es esta ocasion de lágrimas.
Soy tu juez, no soy tu padre.

ANA. ¡Padre!...

JUAN. En vano me lo llamas:
por la herida de mi honra
se fué el amor de mi alma.
Voy á morir...

ANA ¿Morir vos?...

JUAN. Yo, y eres tú quien me mata...
Y como que quiero en vida
dejar mis cuentas saldadas,
tú me vas á dar las últimas:
Dios te castigue si faltas.
Por tus locos devaneos
testigos tendrá mi infamia.
Al echarla yo en tu rostro,

justo es que tambien los haya.
Mira...

ANA. Don Diego...

JUAN. Don Diego,
que con intencion honrada
te solicitaba esposa,
fiado de mi palabra,
y ahora te desprecia...

ANA. ¿Á mí
me desprecia... y no le matas?

JUAN. Tiene razon, que á no odiarte,
yo tambien te despreciara.

ANA. Padre...

JUAN. Soy juez, no soy padre:
no es esta ocasion de lágrimas.
Ana, levanta los ojos.
Ana, ¿qué respondes?

ANA. Nada,
sino que soy vuestra hija,
y el ser vuestra hija me basta.
Ni ley admite el cariño,
ni al corazon se le manda.
Solicitóme don Diego;
que diga si una palabra
salió de los labios mios
que alentase su esperanza.

JUAN. Las oia sin embargo
quien cantaba á esa ventana.

ANA. Ni prometí ser su esposa,
ni él me ha prometido nada.
En el camino del cielo
se encontraron nuestras almas.
Tan solo los cielos saben
la suerte que nos aguarda.

JUAN. No pudiendo ser su esposa,
tenias que ser su dama.

ANA. Señor, si soy sangre vuestra,
¿por qué suponerme infamia?
Ó yo no soy vuestra hija,
ó vos no teneis entrañas.
Le amo, si; ¿cómo no amarle
si antes de verle le amaba?

Era el sueño de mi vida,
era el divino fantasma
que mi corazon veia
cuando mis ojos cerraba.

JUAN. ¡Infeliz! ¿sabes su nombre?

ANA. ¿Qué importa cómo se llama?

JUAN. Su nombre es...

ANA. Yo le bendigo.

JUAN. ¡Felipe cuarto de España!...

ANA. ¡El rey! ¡el rey, padre mio!
¡Madre mia de mi alma!
¡Estoy sin padre ni madre,
y niña y enamorada!...

CONDE. (Es preciso ver al Rey...
Yo me arrojaré á sus plantas.)
(Sale á la calle. Un embozado le detiene.)

EMB. No hay paso.

CONDE. ¿Quién me lo impide?

EMB. Es muy fuerte quien lo manda.
No podeis salir; estan
todas las calles tomadas.

JUAN. Ana, ¿no le conocias?
Responde, hija de mi alma.

DIEGO. Mueran por siempre mis celos.
Mas infeliz que culpada,
vuestra desgracia fué amar:
tuvimos igual desgracia.
Yo me pondré de rodillas
ante el hombre que es la causa
de mi desdicha y la vuestra;
regaré sus pies con lágrimas
para que la vuestra evite.
¿Qué mas quereis que yo haga?
(Sale á la calle. El Embozado le detiene.)

EMB. No hay paso.

DIEGO. No pasaré.
Él me encontrará en su marcha.

ESCENA VII.

El CONDS, D. DIEGO y EMBOZADOS en la calle, MELCHOR en el pajar. D. JUAN y DOÑA ANA en la casa.

JUAN. (Cerrando la puerta.)
Ana, pobre niña, escucha.
Son mis últimas palabras:
Vá á venir.

ANA. ¿Quién?...

JUAN. No adivinas
quién vá á venir...

ANA. ¡Vírgen santa!
No me dejes, padre mio.
¡Yo le amo!...

JUAN. ¡Desventurada!
No sabes que yo esta noche
levanté mi mano osada
para arrancarle el embozo?...
¿Tú no sabes que en venganza
me ha mandado que yo mismo
abra esa puerta?...

ANA. ¡No abras!
Mira, padre, que es el rey,
¡y que es tu hija quien le ama!

JUAN. Yo cumpliré como debo.
Tú eres mi hija, y tu honra guarda...
Yo le abriré al rey la puerta...
y... adios, hija de mi alma!
Ana, suelta...

ANA. No, no suelto...
Ahora soy yo quien demanda
como antes tú me pedias,
que me mires á la cara...
Padre, tú quieres morir
y dejarme abandonada...
¡Entonces eres cobarde!

JUAN. ¡Ana!

ANA. Tus blasones manchas,
escupes en tus cuarteles
aun dentro de tu mortaja.

Has de escuchar cuál comenta
la muchedumbre villana
la historia de un suicida
y una niña deshonrada...
Mátame á mí que le adoro:
matarte tú, ¿por qué causa?

JUAN. ¡Ser yo mismo tu verdugo!

ANA. Mi vida es tuya y la acabas,
quien de lo suyo dispone
no le debe al mundo nada.
Le amo... ¿me escuchas? ¡le amo!
¿Qué hace en el cinto esa daga?

JUAN. ¡Hija, hija mia!

ANA. No eres
mi padre si no me matas;
ni es buen vasallo el que al rey
no le libra de la infamia.

JUAN. ¡Hija de mi vida!

ANA. Oye:
mira, mi madre me aguarda
entre nubes de zafiros;
me está tendiendo las palmas.
El lodazal de la tierra
no manchó mis alas blancas,
y ángel me vuelvo á los cielos,
junto á mi madre de mi alma!
¡Oh! ¡no abrirás esa puerta
si antes sobre mí no pasas!

JUAN. La ha mandado abrir el Rey.

ANA. Mi sangre su falta lava.
Y pues mártir Dios me quiere,
á Dios tu piedad ultraja.
No tengas piedad, mi padre;
si no la tienes, me salvas.

JUAN. Si, si... no puedo, no puedo.

ANA. ¡Padre, me condenas!

JUAN. Ana,
pronto sonará la una...

ANA. ¿Verdad que á la una le aguardas?
Verdades eran mis sueños,
bien mi corazon lloraba!
Él es... resuena en mi pecho

el eco de sus pisadas.
¡Mi honra en nombre de mi madre

JUAN. (Tirándola una puñalada.)
¡Si!...

ANA. (Cayendo) ¡Ah! ¡Padre, cuánto me amabas!

JUAN. ¡Señor, que sois todo amor,
perdonadme y perdonadla!

ESCENA VIII.

DICHOS, el REY por la calle.

CONDE. Señor, vedme de rodillas.

REY. Te daré el reló si callas. (Pasa.)

DIEGO. Á vuestras plantas, señor...

REY. Ese es tu sitio, á mis plantas. (Pasa.)
(Un reló dá la una. El Rey llama á la puerta de Don Juan. Este la abre.)

REY. La una.

JUAN. Señor, yo cumpli. .
Abro yo mismo la puerta,
y Ana os aguarda allí...

REY. (Horrorizado.) ¡Muerta!

JUAN. ¿Pues qué pensabais de mí?
Dar su sangre al rey es ley
natural de la hidalguia:
como ella era sangre mia,
la he vertido por el rey.

REY. Nunca pasara esa puerta
que la de mi infierno fué.
Ella era luz de mi fé...
Y está muerta. ¡Muerta!... (Huyendo.)

MELCH. (Que bajó á la salida del Rey.) Muerta...

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

claustro en el convento de San Plácido: á la derecha, en primer término, la puerta de entrada; á la izquierda varias puertas, que suponen celdas; en el centro la de Ana, al foro puerta que comunica al coro. La escena está débilmente alumbrada por una lamparita y por la luz de la luna, que se vé por una ventana que dá al jardin.

ESCENA PRIMERA.

La HERMANA PORTERA, MELCHOR.

MELCH. Lo dicho, hermana portera.
PORT. ¿Qué dice usarced? No entiendo...
MELCH. Que no estoy para consultas, (Á gritos.)
que yo no soy vuestro médico.
Consultad al doctor Gil,
que es quien visita el convento;
yo nada tengo que ver...
PORT. El doctor Gil es un viejo.
MELCH. Con eso tendrá mas ciencia:
os lo repito, no tengo
que asistir mas que á mi prima,
por haber sido el primero
que la vió al volver; ¿estamos?
PORT. Pues como ibamos diciendo,
en la paletilla izquierda
tengo un humor...

MELCH. Mas que negro
le tengo yo al escucharos,
mujer, monja y sordà á un tiempo.
PORT. Seor doctor, no hay que dar gritos,
que oigo bien.
MELCH. ¡Otra te pego!
PORT. Que os tiene preocupado
el plan que estais disponiendo
á vuestra prima, corriente,
curadla á ella; pero luego
curadme á mí: el doctor Gil
no me acomoda, es un terco
que á fuerza de sinapismos
quiere desollarme el cuerpo,
cual si la salud viniera
con arrancar el pellejo;
yo quiero un médico limpio
como vos, que no habeis hecho
ninguna herejia de esas
á nuestra Ana, y segun creo,
está fuera de peligro.
MELCH. Si...
PORT. ¡Jesus, cuánto me alegro!
¡Acá la queremos tanto!
Como se educó acá dentro,
y la abadesa es su deuda,
y la chica es un modelo,
estamos locas con ella...
¡Y qué susto tan tremendo
me dió aquella noche! Yo
estaba velando el féretro,
y habia rezado ya
treinta y cinco padre nuestros,
en castellano, porque, hijo,
el latin yo no lo entiendo,
y cuando rezo en latin
digo cada sacrilegio...
Pues velando á la difunta
se me iba pasando el tiempo,
cuando de repente... ¡ay!
Dá un suspiro... y otro... y luego
dice: «ya he resucitado;»

y levanta medio cuerpo...
¡yo pegué un chillido atroz!
Yo tengo un miedo á los muertos...
corro, aviso á la abadesa,
esta á su padre, este al médico...

MELCH. Que soy yo y la estoy curando.
¿Hay algo de extraño en esto?

PORT. No, que de resucitados
se citan varios ejemplos.

MELCH. De médicos que se engañan
pudiera citar yo cientos:
la medicina no es ciencia
exacta, aunque es ciéncia.

PORT. Pero
ella dijo: ¡resucito!

MELCH. ¡Quién hace caso de enfermos!...

PORT. Ya; ¿mas sabeis que es atroz
el voto que se ha propuesto?...
Acostarse mientras viva
sobre un triste paño negro,
con un blandon encendido
en cada punta del lecho...
Y una noche, y otra, y otra...
ese voto yo sospecho
que tiene algo de mania.

MELCH. Pues en contrariarla hay riesgo.
Conviene ahora respetar
sus mas mínimos deseos.
Basta de preguntas: Ana
vivirá, respondo de ello;
su mal está en que flaquea
muchas veces del cerebro;
su mucha imaginacion
la acalora el pensamiento...
y ahí no hay médico que valga,
solo la quietud y el tiempo,
y el sueño... ¡Ojalá consiga
hacerla dormir con esto! (Una redomita.)
¿Se trajeron los cacharros
que dispuse?

PORT. (Colocándolos en una mesilla.)
Aqui los tengo.

MELCH. Mirad, este tarro blanco
se mezcla con este negro,
y de media en media hora...
PORT. ¡Cómo!
MELCH. ¡Si está como un leño!
Que ha de tener media hora
de digestion. (Á gritos.)
PORT. No tenemos
reló en el convento, y yo
junto á la lumbre me duermo,
de modo que no sabré
si hablais ó no con acierto.
MELCH. ¿Que no hay aqui reló?
PORT. No,
porque está pobre en extremo
la comunidad: al Rey
se le han dado en año y medio
cien memoriales, y el Rey
aun no ha podido leerlos.
Se oye el reló de Palacio
cuando viene de allá el viento,
pero para eso hay que estar
con muchísimo silencio.
Y decidme, vuestra prima,
¿vá á abandonar el convento
ó á profesar?
MELCH. (Siempre á gritos.) No lo sé.
¡Qué preguntar!
PORT. ¿Estais trémulo?
¿Os pasa algo?
MELCH. ¡Si me pasa!...
PORT. ¡Ay, contádmelo en secreto!...
MELCH. Para secretos las monjas...
¡Ah, la abadesa! Me alegro,
á ver si me deja...

ESCENA II.

La PORTERA, MELCHOR, la ABADESA.

ABAD. Hermana,
mil veces dicho la tengo

que no abandone el postigo,
que cele mas y hable menos.

PORT. Ya voy, madre superiora,
el doctor me estaba haciendo
unas preguntas...

MELCH. Mentira.
(¡A ver si la comprometo!)

ABAD. Vaya, hermana.

PORT. (Al irse.) Es fuerte cosa,
no ha de tener un momento
una para echar un párrafo,
y se queda la sin hueso
de la falta de ejercicio
dormida por acá adentro.

ESCENA III.

La ABADESA, MELCHOR.

MELCH. No es mal párrafo, y á todo
el que entra, le para haciendo
mas preguntas...

ABAD. Es su oficio.

MELCH. Es un oficio muy feo.

ABAD. Ella debe de informarse.
No tiene nadie derecho
á entrar aqui, mas que el Rey,
nuestro confesor, el médico
ó el padre de alguna hermana
estando enferma de riesgo...
Y como ella está á la puerta...

MELCH. ¿Si? pues el demandadero
no es Rey ni Roque, que es Rufo,
y ayer la estuve yo oyendo
preguntarle, que por qué
no se casaba, y el perro
la hacia una explicacion...

ABAD. Sois malicioso en extremo
y la teneis ojeriza...

MELCH. Yo no, pero...

ABAD. No hay mas pero.

Debierais de ser mas cauto
por tener el privilegio
de entrar aqui, cuando solo
el Rey y el confesor...

MELCH. Bueno,
si yo comprendo la honra,
pero ganada la tengo;
á no ser por mí la chica
se muere de veras.

ABAD. Pero
¿qué fué lo que tuvo?

MELCH. Madre...
un médico se vé puesto
muchas veces en el caso
de un confesor, y por eso
no debe revelar...

ABAD. ¡Ya!
Su padre dice lo mismo,
y yo, vamos, me confundo...
Ana estaba hecha un lucero
en esta santa morada;
la saca su padre, creo
que para casarla, y vuelve
cuando la ciencia por yerro
la creyó muerta, y volvió
por mas que á la vida ha vuelto
enferma del corazon
é insegura del cerebro.
Yo se lo he dicho mil veces
á su padre, no seais terco,
en el convento criada,
solo apetece el convento:
no pretendais esa rosa
trasplantar á otro terreno:
dejadla aqui donde está
resguardada de los vientos,
que aunque la encontreis esposo,
mejor que Dios no ha de haberlo.
¿Qué haceis?

MELCH. Mezclar estas drogas
para que de tiempo en tiempo
se duerma: aqui no hay reló,

pero á ojo de buen cubero...

ABAD. Ya tiene el Rey memoriales...

MELCH. Bastante hace con tenerlos...
¿No viene por aqui nunca?

ABAD. No: su padre vino á vernos
varias veces, pero el hijo...

MELCH. No abusa de su derecho...
Pues yo, madre superiora,
me alegrara conocerlo...
asi... como un edificio...
como que soy forastero
y no he visto nunca un rey...

ESCENA IV.

DICHOS, D. JUAN.

JUAN. Santas noches nos dé el cielo.
¿Has visto á Ana?

MELCH. (Tomando las drogas) Todavia
no, pero me voy corriendo
á su celda; ya está listo
el brevaje que he compuesto:
con esto ha de dormir mucho,
y mientras descansa el cuerpo...
Luego tenemos que hablar. (Bajo.)

JUAN. ¿De ella?

MELCH. De un miedo estupendo,
de un miedo casi plural...
muy parecido á dos miedos...

JUAN. Melchor...

MELCH. Ya voy, pero cuenta
con que lo que digo es cierto. (Váse.)

ESCENA V.

D. JUAN, la ABADESA.

ABAD. Otra vez, señor don Juan,
os lo digo, y otras ciento,
que la compasion me impulsa
y la obligacion de deuho.

Ana vió correr dichosa
aqui sus años primeros;
vos la sacasteis al mundo,
y el mundo muerta os la ha vuelto:
pues aqui cobró la vida,
don Juan, dejadla aqui dentro.

JUAN. Ni puedo su vocacion
torcer, señora, ni debo
abusar de su razon,
que está débil en extremo.
En la existencia de Ana
vive enclavado un misterio;
hasta que se desvanezca
ó tome el fantasma cuerpo,
dejad á Ana que no jure;
siempre de jurar hay tiempo:
espero de Dios que viva,
y todo de Dios lo espero.

ESCENA VI.

DICHOS, ANA, MELCHOR. Ana viste hábito de novicia.

MELCH. Cuando te aseguro, prima,
que has de dormir mucho y bueno...
¡Pues es floja la bebida!
Son tres simples y un compuesto:
de esos tres simples... y yo
tengo un tino para eso...

JUAN. ¿No duermes, Ana de mi alma?

ANA. No puedo, padre, no puedo. (Bajo.)
Antes de dársele al mundo
le he de dar mi adios postrero,
y en tanto los ojos mios,
que á su luz quedaron ciegos,
como me los abre el llanto
no me los entorna el sueño.

(Suena la campanilla de la oracion: la Abadesa toma la mano de Ana: varias monjas y novicias salen de sus celdas hácia el coro.)

ABAD. La oracion... Disimulad; (Á D. Juan.)
es extraordinario el rezo:

es la oracion de difuntos
que Ana ha ofrecido á los cielos
oir en vida.

JUAN. Ellos la alivien.

ANA. (Bajo á D. Juan al salir.)
Le espero, padre... le espero.

ESCENA VII.

D. JUAN, MELCHOR.

JURN. ¡Comprendes, Melchor!...

MELCH. ¿Quién, yo?
Ni una palabra comprendo.
Y es muy justo, amado tio,
que una vez nos expliquemos.
Sepa usarced que yo estaba
enamorado en secreto.
(Yo por la parte sensible
soy sensible hasta el exceso.)
Y á este amor tuve ¡ay de mí!
que retorcerle el pescuezo...
Esta figura retórica
quiere decir, no tenerlo.
Mas, ¿quién se quita el amor
como se quita el sombrero?
Don Diego amaba á mi prima,
y ella no amaba á don Diego;
porque amaba á otro galan
que no conozco, ni quiero.
Descubre usarced la mácula,
y como tiene ese genio,
el acero airado saca,
y en vez de esgrimir su acero
contra él, pega contra ella,
y el otro se vá tan sério.
Don Diego parte á la guerra
á morir... ¡pobre don Diego!
Conducimos aqui á Ana
para que se haga su entierro...
y como no estaba muerta,
sino que mi aturdimiento

y la sangre que perdió...
El cuchillo no entró recto,
que si no... en fin, que volvió:
esto es un hecho, es un hecho...
Pero es un hecho tambien
que el otro, aquel caballero
causante de estas desdichas,
me está á mí dando tormento...
Siempre que salgo de casa
por la noche, me le encuentro...
Bien en el guardacanton
está inmóvil como un muerto,
ó cuando yo ando anda,
y se para si estoy quieto.
¿Quién le lleva allí?

JUAN. Quizás
le lleve el remordimiento.

MELCH. Pues que se vaya á otra calle
á remorderse... no quiero
tener por sombra á ese mozo:
tiene una facha de espectro...
y deja por donde vá
un olor á cementerio,
y á azufre... ¿quién es ese hombre
que en todas partes le veo?
Que no me deja comer,
ni beber... ni... San Lorenzo, (Mirando.)
¿no veis en el fondo del
corredor un bulto negro?
Es él...

JUAN. ¡Él! bien dijo Ana.

MELCH. ¿Qué dijo Ana?

JUAN. Le espero...

MELCH. ¿Que le espera?... pues yo no.
Y Ana se estará durmiendo
á estas horas el brevaje
que...

JUAN. Ven, Melchor, y silencio.

(Se van por la celda de Ana.)

ESCENA VIII.

El REY y la PORTERA.

PORT. Pasad, señor... tanta donra...
¡Qué dicha para el convento!
Sin duda que al señor Conde
tanto favor le debemos;
siempre nos decia el Rey,
vendrá, vendrá, yo lo espero...
Sentaos, señor, sentaos
y descansad.
REY. Bien me encuentro.
PORT. La comunidad está
en el coro, pero presto...
Avisaré á la Abadesa,
(¡qué idea!) guarteos el cielo.

ESCENA IX.

El REY solo.

Bendito lugar, aqui
respiro mejor, ¡oh! sí,
siento por la vez primera
algun destello siquiera
de la paz que ya perdí!
Remordimiento tenaz
que mi alma helaste de espanto
y embebeciste mi faz...
dáme en este lugar santo
solo un momento de paz.
Una fuerza superior
empujó mi planta aqui,
y entré... casi con temor...
pero estoy mejor... si, si...
Me encuentro mucho mejor.
Vá de mi abrasada frente
cediendo la calentura...
Hay una brisa tan pura
en ese tranquilo ambiente,

que acaricia esa verdura.
Hay tanto recogimiento
en cuanto aqui se repara,
que halaga mi pensamiento...
¡Está la noche tan clara!
¡Está tan triste el convento!
¡Sonrie tanto esa estrella!
Luce esa luna de un modo
por esa esfera que huella...
que me parece que *ella*
lo está embelleciendo todo.
Corazon que devoré
en la llama de un deseo,
¿por qué te agitas, por qué?
¿dónde está *ella*? yo no sé
dónde está... ¡pero la veo!

ESCENA X.

El REY abismado. ANA y la PORTERA al foro.

PORT. (Dándole un memorial.)
Aquel es el Rey, entrad,
y no temais, hija mia,
y pensad que en vos confia
toda la comunidad.
¿Temblais?
ANA. ¡Ay!
PORT. ¡Qué turbacion!
No os amedrentéis por eso,
contad al Rey el suceso
de vuestra resurreccion.
Dadle luego el memorial,
y nos ha de conceder
el reló, ó ha de tener
entrañas de pedernal. (Váse.)

ESCENA XI.

ANA, el REY.

ANA. (Dando un paso.)

¡Héle allí!

REY. ¡Qué agitacion
siento en el alma, Dios mio!
¿Por qué se llena el vacio
de mi yerto corazon?
¿Por qué en el alma desierta
brota esta vaga inquietud...
si encerré en un ataud
mi pobre esperanza muerta?
(Ana dá otro paso.)
¡Ay! que siento estremecido
mi cerebro fibra á fibra...
y cada latido vibra...
y cuento cada latido!
¡Me vuelve loco este afan...
me ahoga esta inquietud sombria!

ANA. (Dándole el memorial.)
Dios guarde al Rey.

REY. (Dando un grito.) ¡Ana mia!

ANA. ¡Cuánto has tardado, don Juan!

REY. ¡Ana! te escucho, te veo,
te recobro, bien perdido,
no es que te sueño dormido,
no es ilusion del deseo.
Veo las dulces miradas
de tus divinas pupilas,
reflejarse en mí tranquilas;
como en las noches pasadas,
bella entre todas las bellas,
la estrella del alma mia
con las estrellas salia,
mas pura que las estrellas!
Veo vuelta á la existencia
que mi deseo robó,
la única luz que alumbró
el fanal de mi creencia.
Bendita sea, bendita
esa existencia, amor mio,
que ha sido el casto rocio
de mi juventud marchita!
Vives... vives... ¿no es verdad?
y yo te adoro... te adoro

con toda mi alma, y lloro
de tanta felicidad!
Habla... que escuche tu acento,
tu voluntad será ley.
Pídeme.

ANA. Le pido al Rey
un reló para el convento.

REY. Ana...

ANA. Le pido á don Juan
que en mi sepultura rece...
al Rey... que á ser rey empiece...

REY. Ana, duélate mi afan.
Yo, si quieres, te lo invoco
de rodillas, alma mia,
rasga esta venda sombria,
que voy á volverme loco!
si ordenó el supremo Juez
tu muerte... estoy resignado...
Si estás viva y yo á tu lado,
no hay quien te mate otra vez.
Habla, que tú eres quizás
ángel de mi salvacion...
Ana de mi corazon,
mírame mas... mucho mas,
ráfaga de luz perdida,
única flor que el destino
puso en el negro camino
de mi fatigada vida...
Á la luz de tu cariño...
mi corazon embriagado
mira .. me tiene á tu lado,
temeroso como un niño...
¡Ay! Ana, yo te perdí
porque eras ángel del cielo...
Temo que tiendas el vuelo
y me dejes solo aqui.
Temo que una realidad
me separe de tu lado,
y loco y desesperado
morir en la soledad...
Mas no... no... tu vida es cierta,
todo fué un sueño ¡Dios mio.
(Al tomarla la mano, horrorizado.)

¡Este frio!... este es el frio
de la muerte!

ANA. Si, estoy muerta.

REY. ¡Muerta! ¿y hablándome estás?
mas yo... cadáver te he visto...
y ahora existes...

ANA. Yo no existo,
yo no he existido jamás.

REY. ¿No existes y yo te amé?

ANA. Para tu amor existí,
que tu amor germinó en mí
en el cielo que dejé.
Amor, esencia de Dios,
lazo que ata y no fatiga,
y á un ángel y á un hombre liga,
y de un ángel hace dos...
Dí, no has sentido al posar
la planta sobre una flor,
al quebrarse de dolor
la pobre flor suspirar?
¿No has reparado una estrella
que al mirarla tú en el cielo,
de una nube haciendo un velo,
guardaba el pudor con ella...
Y si al tapar su fulgor
hacias un paso atrás,
sin velo lucia mas,
estremecida de amor?
¡Si en el mal revuelto lecho
te querellabas doliente,
calenturienta la frente...
sin aire puro en el pecho...
no aliviaba tu dolor
un aura que se agitaba
y tu frente acariciaba
con sus alas sin color?...
¿No has sentido á cada instante,
en tu camino perdido,
llamarte el tierno quegido
de una golondrina errante?
Era yo... Dios permitió
que mi alma viviera en tí...

y te seguí... te seguí...

REY. Ana de mi alma...

ANA. Era yo.
Contigo mi ser camina
do quier que lleves la huella:
yo soy la flor y la estrella,
y el aura y la golondrina!

REY. ¡Ay! Ana, ¿y por qué los dos,
amándonos con tal fé,
no hemos de vivir, por qué?

ANA. Porque asi lo quiso Dios.
Forma tomé para tí,
y tu loco devaneo
me mató con un deseo,
y vida y forma perdí.
Mal pudiera darte celos,
ni ocasionarte dolores,
una existencia de amores
con una flor de los cielos...
Y nueva forma tomé
por darte mi despedida.
te redimí con mi vida:
muerta estoy porque te amé.

REY. Siempre del misterio en pos
loco me vas á volver...

ANA. Respeta, que es tu deber,
misterios que son de Dios...
Mirando á tu salvacion,
yo á Dios rezaba por tí.
Porque el corazon te dí,
me hirieron el corazon.
De tu juventud que espanta
borró tanta mancha impia
la sangre inocente mia...
¡Mira cuánta sangre, cuánta!
Por mi sangre y por mi llanto
salvado estás, vuelve en tí,
y no pierdas lo que á mí
me ha costado ¡tanto, tanto!
Yo que era un ángel de Dios
por tí á la tierra bajé:
vuelvo al cielo que dejé...

¡adios... el último adios!...

REY. No... (Reteniéndola.)

ANA. Respeta mi virtud,
pues pudiera suceder
que en lugar de una mujer
tocaras un ataud.

REY. ¡Oh, Ana, vivir sin verte! (Soltándola.)
ni es posible ni lo creo...

ANA. Don Juan, don Juan, tu deseo
me ha dado una vez la muerte...

REY. ¡Muerta me hablas... muerta estás!

ANA. Muerta estoy porque te amé.
Dentro de tu alma estaré,
ante tus ojos jamás.
Yo seré la luz que mires,
seré la virtud que intentes,
seré el aliento que alientes
y el suspiro que suspires. (Vacila.)

REY. Ana... Ana... ese extravio,
¡esa palidez me espanta!

ANA. Mi cadáver se levanta
á despedirte, amor mio:
era viviendo los dos,
imposible tu ventura...
Me llama mi sepullura...
adios... el último adios... (Entra en su celda.)

ESCENA XII.

EL REY.

Su voz... su mirada incierta...
Imposible... no concibo
cómo puede un hombre vivo
estar hablando á una muerta...
Arcanos del cielo son,
dijo, y el cielo lo ha hecho...
y yo sentia en mi pecho
llorar á mi corazon.
Apenas moverme puedo...
enclavado estoy aqui...
y... ¡miserable de mí!

¡tengo miedo... tengo miedo!
Que respete su virtud,
pues pudiera suceder
que en lugar de una mujer
encontrase un ataud...
Me ofrece mi redencion
cuando mi fé la consagro...
¿Es esto aviso, ó milagro,
ó necia supersticion?...
Veré, me sobra altivez.
(Se descubre la luna. La escena se ilumina por los blandones que se suponen en la celda de Ana. Don Juan aparece á la puerta. Un reló lejano dá la una.)
¡Muerta! ¡con que estaba muerta!

ESCENA XIII.

D. JUAN, EL REY.

JUAN. La una... y os abro la puerta ..
¿Quereis pasar otra vez?...
Ella sucumbió por vos.
¡Pobre flor del alma mia!
Su rey no la defendia;
¡tuvo que ampararse en Dios!

ESCENA XIV.

DICHOS, LAS MONJAS.

ABAD. Toda la comunidad
entre.
JUAN. (Cerrando la celda.)
Desde su ataud
ese ángel de virtud
os pide su honra... callad.
ABAD. Señor, saber pretendia
si aquel memorial...
REY. (Reponiéndose.) Si á fé,
el memorial otorgué,
y es el reló cuenta mia.
Pero de manera tal

le hareis, madre superiora,
que siempre que dé la hora
suene un toque funeral.
Eternamente doblando
á muerto esté ese reló.
Hacedlo asi, porque yo
os lo ruego, no os lo mando.

ABAD. Vuestra mucha devocion
se vé en eso.

REY. Os juro, hermana,
que al oir esa campana,
me temblará el corazon.

ABBD. Por gratitud y por ley
rogaré al cielo por vos.

REY. Adios, el último adios: (Mirando á la celda.)
rogad á Dios por el rey:
y en pobre compensacion (Bajo á D. Juan.)
de mis demanes, anciano,
ven aqui... dáme esa mano...
y con ella tu perdon.
Tú mas dichoso que yo,
no tendrás en tu existencia
para espantar tu conciencia
la campana de un reló. (Váse.)

JUAN. Dios guarde á Su Majestad. (Despidiéndole.)

PORT. Es un gran rey, hijas mias, (Á las novicias.)
el Rey que hace obras tan pias.

JUAN. Melchor... Melchor, ¡qué ansiedad!
Si ese maldito licor
que dá de la muerte el frio...
¡si no durmiera! ¡Dios mio!
no me la quiteis, Señor.
(Abre la celda apresurado y sale Melchor.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, MELCHOR.

MELCH. Bendito medicamento...
duerme tranquila.

JUAN. (Respirando.) ¡Ah, mañana (Á la Abadesa.)
la profesion de sor Ana:

religiosa del convento,
guarde su existencia aqui
el misterio mas profundo.
Muerta para todo el mundo,
viva solo para mí.
Y tú destierra de hoy mas (Á Melchor.)
ese miedo que te asombra:
el hombre que era tu sombra,
no te seguirá jamás

MELCH. ¡Ay, ojalá sea cierto!

JUAN. Lo espero asi, de esta historia
no quedará mas memoria
que un reló que toque á muerto.

FIN DEL DRAMA.

FISCALIA DE TEATROS.

Puede representarse este drama con las enmiendas que se han hecho.

Madrid 3 *de marzo de* 1858.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

en 1818.
á vista de pájaro.

y Blanco.
o se entiende, ó un hom-
mido.
a contra nobleza.
todo oro lo que reluce.

ta

ito de enmienda.
á rio revuelto.
la y por él.
eridas las de honor, ó el
gravio del Cid.
puerta del jardin.
oso caballero es D. Dinero.
os veniales.

convido al Coronel!...
mucho abarca.
suerte la mia!
u es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quema ropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un sí y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

lica y Medoro.
as de buena ley.
al mas feo.

eyina la Gitana.
ido y Marte.
ro y Flora.

isenando.
a Mariquita.
Crisanto, ó el Alcalde pro-
edor.

doctrino.
ensayo de una ópera.
calesero y la maja.
perro del hortelano.
Ceuta y en Marruecos.
leon en la ratonera.
último mono.
redos de carnaval.
delirio (drama lírico).
Postillon de la Rioja (*Música*)

El Vizconde de Letorieres.
El mundo á escape.
El capitan español.

Juan Lanas. (*Música.*)

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos Flamantes.
La modista
La colegiala.
Los conspiradores
La espada de Bernardo
La hija de la Providencia.
La Roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música.*)
La Toma de Tetuan.
La cruz del Valle.

Mateo y Matea.
Moreto. (*Música.*)

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina:

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, rto segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Palomares.
Badajoz	Rino.
Barcelona	Hered.ª de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	V. de Moraleda.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Garcia Alvarez.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Garcia.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Cañavate.
Mataró	Abadal.
Murcía	Hered. de Andrion.
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Mántaras.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Meneses.
Sanlúcar	Esper.
Santa Cruz de Tenerife	Power.
Santander	Laparte.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y Comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Pujol.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Moles.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Galindo.
Ubeda	C. Treviño.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.